



Interludio 1

Conversaciones en domingo sobre la gestión de la cuenca de San Miguel

El domingo es el día de mercado en San Miguel del Valle. Temprano por la mañana llegan los pequeños campesinos desde las aldeas de las montañas a vender sus hortalizas, fruta y artesanías, y a hacer compras. Casi todo el comercio se lleva a cabo antes de las 11 de la mañana, cuando comienza la misa. Posteriormente se reúnen grupos de personas en el parque para comentar las noticias de la semana. Las conversaciones, chismes y discusiones de este foro informal son savia para el gobierno del municipio.

Ignacio de la Rueda, joven y vigoroso alcalde de San Miguel, se da cuenta de que su nuevo proyecto de manejo de la cuenca hidrográfica se someterá a prueba este domingo en el parque. Impulsa este proyecto desde que se tituló como ingeniero hidráulico. En los últimos 10 años ha dedicado mucho tiempo y trabajo a convencer a sus conciudadanos de que las inundaciones estacionales que se producen en el valle bajo de San Miguel pueden controlarse canalizando los arroyos y los torrentes que bajan de la cumbre del cerro, atravesando la ladera septentrional del valle y el bosque de las orquídeas. Esta obra rescataría más de 800 hectáreas de tierras fértiles de regadío, y permitiría la creación de una pequeña presa hidroeléctrica en la boca del cañón, que podría suministrar electricidad al municipio a un costo muy económico.

Hasta ahora, la falta de fondos y voluntad política han impedido la realización de este proyecto. Pero después haber ganado las elecciones municipales, Ignacio ha convencido a los miembros de su partido que ocupan cargos en el gobierno de incluir el proyecto en el programa nacional de desarrollo sostenible y recomendarlo para obtener financiación de los donantes. El gobierno y el donante aprobaron el proyecto y pidieron la ratificación formal del consejo municipal. Ignacio ha asegurado al consejo que el proyecto beneficiaría a todo el electorado, y (por primera vez en la historia política de San Miguel) obtuvo el consenso de todos los partidos. Sin embargo, se da cuenta de tener pocas posibilidades de éxito a menos que los grupos informales de ciudadanos que se reúnen en el parque apoyen la decisión del consejo.

Después de la misa, don Eleuterio, el anciano botánico encargado del biotopo de las orquídeas, una zona protegida que cuenta con el apoyo de una ONG internacional, se acerca a Ignacio. Va directo al grano: “Estoy muy desilusionado por la forma en que el consejo trató las cuestiones de conservación. Yo lo apoyé en las elecciones porque creí que era sensible a la biodiversidad y que estaba dispuesto a proteger el biotopo de las orquídeas, pero la semana pasada usted habló de secar la zona húmeda que está al pie del monte. Ese pantano proporciona a muchas orquídeas del bosque la humedad necesaria para crecer y florecer. Ahí viven muchas aves raras y numerosas especies endémicas de plantas. El pantano tendría que contemplarse como parte del biotopo y no como zona de amortiguamiento donde cualquiera pueda cavar canales.”

Ignacio responde con suavidad: “Usted no debería tomar el proyecto como algo final. Todavía hace falta considerar muchos aspectos importantes, incluida la ubicación exacta de las zonas de captación del canal. Casi todo el pantano del pie del monte está marcado en el mapa como zona de amortiguamiento para el biotopo, lo que significa que sólo se harán ahí intervenciones muy limitadas, de acuerdo con los resultados de una evaluación de las repercusiones ambientales. Tengo tanto interés como usted en conservar el bosque de montaña, ya que de ahí llega el agua.” “Está bien –concede el botánico–, lo debatiremos cuando llegue el equipo del Ministerio del Ambiente para hacer la evaluación.”

Ignacio atraviesa el parque cuando lo llama un niño para decirle que don Emiliano quiere invitarlo a tomar un refresco en la cafetería. Ignacio no tiene ganas de hablar con don Emiliano y sus amigos terratenientes y empresarios, pero se da cuenta de que no sería cortés (ni aconsejable políticamente hablando) rechazar la invitación.

Don Emiliano está sentado a la mesa con don Víctor y don Arturo: “La comunidad empresarial de San Miguel le debe mucho por este brillante proyecto, que traerá prosperidad y progreso a toda la comunidad –afirma–. No votamos por usted en las elecciones pasadas, pero lo felicitamos por la forma en que está tratando este asunto. Por favor, siéntese con nosotros y acepte una bebida.”

“Don Emiliano está contento –explica don Arturo, propietario de la mitad de las tierras agrícolas del valle– porque ya está contando el dinero que ganará vendiendo a los contratistas alimentos, cerveza y materiales, y alojando a los visitantes en su nuevo hotel. Yo y los otros grandes agricultores de San Miguel también esperamos participar en este proyecto. Estamos seguros de que nuestro espíritu empresarial y capacidad de inversión se tendrán en cuenta cuando se distribuyan las tierras y el agua rescatadas por su proyecto.” Entonces, dirigiendo una mirada astuta a Ignacio, añade: “Estoy seguro de que usted estará de acuerdo en que las inversiones del gobierno y los donantes destinadas a mejorar la agricultura en nuestro municipio no se deben desperdiciar por dar tierras y agua a personas que no sabrían cómo hacerlas producir.”

Don Víctor explica: “No es un secreto que la Unión de Pequeños Campesinos lo está presionando para que asigne las tierras recuperadas a sus cooperativas. Dicen que es por justicia social, pero estas cooperativas no tienen experiencia empresarial ni capital. De veras espero que todo el trabajo que usted ha realizado hasta ahora no termine con una conclusión tan populista.” “Por cierto –interviene don Arturo–, nosotros podemos pagar al municipio un alquiler más alto y hasta ofrecer una participación en nuestras ganancias, si fuera necesario...”

Ignacio interrumpe la conversación y termina su bebida. “Se trata de una cuestión compleja y delicada que el consejo examinará atentamente. Tengo confianza en que habrá consenso al final, pero cualquier afirmación que se hiciera ahora sería prematura. Les agradezco la agradable conversación y el refresco, y que tengan un buen domingo.”

Al volver al parque, Ignacio escucha decir en voz alta: “Mira lo que pasa cuando tienes la bendición de tener estudios y estar en la política: te sientas a la mesa de los ricos y te olvidas de los amigos y los compañeros.” Es Jorge, su amigo de la infancia, reunido con otros integrantes de la Unión de Pequeños Campesinos.

Conforme Ignacio se aproxima al grupo, Jorge dice: “Apuesto mi cosecha a que los tres coyotes con que estuviste hablando trataron de convencerte de venderles la tierra que ya nos prometiste.” “¡Vamos, Jorge! –exclama Ignacio–. Ya sabes que no tengo autoridad para prometer tierras a nadie, incluidos los miembros de la unión. Pero haré todo lo posible para garantizar que esas tierras se usen racional y sosteniblemente.”

“¿Qué quiere decir”, pregunta don Pepe, uno de los pequeños campesinos. “Tomemos su caso, don Pepe –responde Ignacio–. Cuéntenos de su parcela.” Don Pepe comienza: “Mi padre me dejó una hectárea en la ladera. Para vivir de esta parcela tuve que talar todos los árboles y arbustos que tenía. Entonces, año tras año, los aguaceros se llevaron todo el suelo bueno y me dejaron un terreno de piedras y arcilla.” “Bueno –dice Ignacio–, el uso sostenible quiere decir evitar que suceda ese tipo de cosas.”

“Y ¿cómo piensa tratar ese asunto?” pregunta Lucho, vicepresidente de la unión. “Alquilando tierras del valle con condiciones especiales a los agricultores de las lomas que están dispuestos a sembrar árboles en sus parcelas de ladera. Así se previene que el suelo y los residuos se vayan hacia abajo, obstruyan los canales y lleguen a la presa.” Jorge interrumpe: “¿De veras quiere obligar a la gente a plantar árboles en las tierras de sus antepasados?”

“No quiero obligar a nadie a hacer nada –responde Ignacio–, pero creo que nuestros antepasados estarían de acuerdo en que el maíz, los frijoles y las hortalizas se dan mejor en las tierras planas y fértiles del valle que tienen irrigación, mientras que las

laderas son excelentes para producir fruta, café, cacao y árboles para obtener madera.” “Tiene razón –interviene don Pepe–, así cultivaba sus tierras mi abuelo. Pero cuando los terratenientes nos quitaron las parcelas de río abajo tuvimos que cultivar maíz y frijoles en la ladera. ¿Podemos tener la seguridad de que esto no se repetirá cuando se rescaten las tierras inundadas?”

“Francamente, no lo sé –responde Ignacio–, aunque esta vez el consejo se ha comprometido políticamente a dar una oportunidad a los pequeños campesinos. ¿Pero, podemos hablar de esto en otra ocasión? Tengo mucha hambre y mi esposa me está esperando para comer.” “Bueno –responde Jorge–, ya sabemos que estás haciendo lo que puedes para que el proyecto también beneficie a los pobres. Te hago bromas porque no quiero que te conviertas en un político egoísta y aburrido.”

Al llegar a casa, Ignacio ve un auto flamante estacionado a la puerta. Doña Elisa, la vicealcaldesa, está de pie al lado del automóvil. Al ver a Ignacio lo llama: “Acabo de llegar de la capital con unos amigos que quieren conocerlo. ¿Nos puede dedicar cinco minutos?” “Tengo un poco de prisa –responde Ignacio– pero podemos saludarnos.” Doña Elisa hace las presentaciones: “El ingeniero Gutiérrez de Agua y Electricidad Ltda., y la señora y el señor Alameda, los propietarios de Alameda Country Resorts. Tienen cita con Usted para mañana.”

“Habíamos pensado venir mañana –dice la señora Alameda–, pero decidimos aprovechar este día de sol para disfrutar del valle. Estoy segura de que cuando se drene el pantano y se forme el lago del Cañón Blanco, San Miguel será un lugar magnífico para el turismo: una pequeña ciudad colonial en un entorno rural, con un clima fresco, una atmósfera agradable, un bosque de orquídeas y un pequeño lago para nadar y velear. Eso es lo que quieren nuestros clientes –añade–. San Miguel tiene un gran futuro en la industria turística.” “No sólo eso –interviene el ingeniero Gutiérrez–. He visto dónde se va a construir la presa y he calculado que con un cambio mínimo en el diseño de la planta hidroeléctrica se podría producir mucha más electricidad de la prevista. Nos pueden vender la electricidad que necesitamos para la capital del distrito. El agua también es interesante... pero hablaremos de eso mañana.” “Sí, desde luego –responde Ignacio–. Mientras tanto, descansen y disfruten del lugar.” “Magnífico, hasta luego”, dicen las visitas.

Ignacio atraviesa la calle y abre la puerta de su casa. De pronto, el inconfundible aroma del asado que prepara su mujer le da seguridad, por lo menos hasta mañana.

